

Por debajo está el búho, el búho-sapo, el búho-sapo-hombre, algo como un gran terror que ría, una oscura operación conciliatoria. Por debajo, es decir en lo más inmediato cuando se conocen los verdaderos rumbos: por eso el búho y el sapo son también y sobre todo un hombre, una mano que pinta para afirmar este presente perpetuo donde irá a estrellarse el tiempo estúpido.

¿Cómo decirlo sin traición? Sólo un lenguaje de cosmogonías, en el que aún laten hogueras, jirones de cielo primordial, ceremonias de la piel desnuda, puede acercar al *punto de vista* de donde emergen el búho, el búho-sapo, esta pintura. Pero el búho y el sapo son el hombre, el que organiza la noche, el hacedor de los lujos: estas hogueras, estos pedazos de cielo estrellado sigue palpitando al término de la carrera de la raza. La misma mano que ofició los sacrificios arcaicos anula aquí la historia, el antes y el después, para tramar un terreno de encuentro y de acorde, la indescriptible operación del arte, desgarrón en la temporalidad que es mirar el búho y que el búho nos esté mirando, el búho-sapo, el búho-sapo-hombre, sin eras ni pasajes ni progreso.

Por eso, y porque la magia no sólo es negra o blanca sino que obra desde la entera paleta del pintor, todo tiende aquí a la ruptura de lo usual para avanzar hacia una recomposición que descubre ese punto de vista a la vez remoto e

inmediato. Comprendidas las premisas (¿pero necesita comprenderlas el autor de una pintura como ésta, no actúa en un terreno privilegiado que no admite tomas de distancia mentales?) se accede por derecho propio al taller central que hace posibles telas y *collages* en una violenta y jubilosa pugna de materias, de gestos plásticos y de procedimientos donde pedazos de telegramas y mensajes, papeles industriales, planes de ciudades y una refinada pintura entablan la amistad más profunda desde sus aparentes y abolidas resistencias. La labor alquímica se anuncia ya en la superficie, donde todo se trasmuta y vira hacia un orden diferente; pero Nieto no se queda en eso, la pugna es honda y se proyecta lejos, destila y purga y cuaja materias más sutiles: Aquí se osa la alegría en el centro mismo del pavor, se afirma el privilegio humano de la risa contra la nada. Por eso el frecuente lujo en esta pintura, el coraje de caerle encima con todo el color gritando en plena batalla, entre relámpagos que enlazan y destruyen y transforman, entre signos de oscuras mutaciones. Hay mucho de violento en tanta elegancia y mucho de elegante en tanta violencia: paradoja extrema de un arte donde tesis y antítesis son radicales porque tienden a una síntesis extrema, a la flecha que clavará su diamante estremecido en una realidad más rica.

De este lado, contempladores, todo nos espera: no hay más que merecerlo.

